

46.- "Morir"

No siempre es fácil, Dios nuestro,
acertar a darte gracias,
aunque queremos hacerlo porque es justo.
Los caminos de tu bondad no te los dejas trazar;
nuestra vida es un misterio
de cruz y gloria cada día.

Hoy, Padre, te damos gracias,
por Jesucristo, tu Hijo, nuestro hermano,
y por su verdad.
Porque no quiso ganar los seguidores
con halagos y promesas,
como los líderes según el mundo.
No prometió a sus discípulos más riquezas
que las persecuciones y calumnias de los acomodados,
ni más honor que el de perder su vida por los otros,
ni más poder que el de la cruz.

Él mismo, despreciando la prudencia de los prudentes,
asumió la dura realidad de su destino
como puente de esperanza.
Perseguido por senadores, sacerdotes y letrados,
fue ejecutado legalmente.
Ofreció el sacrificio de su vida
como único culto razonable,
y así entró en la gloria de su Padre,
la gloria que pasa por la cruz,
de la que participan los que le siguen.

Bendito seas, Dios, por Jesucristo,
que nos ha clarificado el misterio de la vida.
Con los ángeles y los santos
aceptamos tu voluntad y proclamamos:

SANTO...

Santo eres realmente, Señor,
y de tu santidad sacamos fuerzas
para llevar la cruz de cada día.
La cruz de nuestras prudencias y egoísmos,

la cruz de tener que renovarnos en la mente,
la cruz de no ver claro,
la cruz de la realidad que nos rodea,
la cruz de no poder hablar -como el profeta-
aunque las palabras nos quemem las entrañas.
La cruz de la ignorancia y la pobreza,
la cruz de tantos ídolos
ofreciendo una vida que no pueden dar;
la cruz del compartir y el perdonar.

Padre de Jesús y Padre nuestro,
envíanos tu Espíritu de sabiduría y santidad,
que transforme la vulgaridad de nuestras vidas
en una ofrenda agradable a ti;
él, que transforma el pan y el vino
en el cuerpo y la sangre de Jesús,
nos transforme a nosotros
según el ejemplo de Jesús,
que reunido con sus discípulos, tomó pan...

Al recordar en esta Eucaristía la cruz de Jesús,
su muerte y su resurrección,
quisiéramos vencer el miedo a nuestra cruz de cada día,
a nuestra muerte que siempre nos espera,
quisiéramos aprender a perder para ganar,
a morir para resucitar.

Dios de bondad desconcertante,
tú que eres capaz de seducir y de dar fuerzas,
escucha nuestra oración.
Te pedimos por los que están dispuestos a seguir a Jesús
a costa de su vida;
por los otros, a quienes la vida se les hace insoportable
a causa de la injusticia de los hombres;
y por aquellos que escogen el camino de la evasión prudente.

Acuérdate de los vivos,
para que sigamos el ejemplo de Jesús;
y acuérdate de nuestros hermanos difuntos;
que sus vidas no hayan pasado en vano.

A ti, Dios de la muerte y de la vida,

queremos bendecirte y darte gracias por todo,
con Jesús, el Señor resucitado,
y en la unidad del Espíritu Santo
por los siglos de los siglos.
Amén.